

CAPÍTULO III.

NUEVO TESTAMENTO.

1. CONSIDERACIONES GENERALES.

1. El Antiguo Testamento es como una preparación y vasta profecía del Nuevo; el Nuevo la realización de ellas; el uno la figura, el otro la realidad. Por eso, la vehemente y un tanto sombría, aunque siempre grata inspiración del Antiguo, la cual proviene de la nota dominante de tristeza, esperanza y dolorosos deseos del Mesías y la redención del género humano, cesa en el Testamento Nuevo y cede su lugar, en medio de un mundo renovado y un nuevo cielo, á una literatura nueva, que no sólo contrasta con todas las literaturas humanas, sino también con la de la Antigua Alianza.

2. Artificio parece la sencillez de los libros del Viejo Testamento, comparada á la de los Evangelios. Con la ingenuidad de la narración evangélica nada se puede co- tejar; nada con su sublimidad. La cual resulta del con- junto; no está en los detalles ni en determinados pensa- mientos; sino en la maravillosa antítesis entre la inmensa grandeza de lo que se narra y la simplicidad y candor con que se narra.

3. Estéticamente considerados, serían siempre muy superiores los Evangelios á la más perfecta epopeya en que se cantara la vida de Jesucristo; aun cuando el cantor épico fuera un Dante ó un Homero. Siendo, como son, sublimes y divinamente sublimes los hechos y la persona que los realiza, no les cuadra sino suprema senci- llez de narración. Todo adorno, todo ropaje poético, los desmejoraría, produciendo la más intolerable disonancia.

4. De aquí el grave error artístico de Klopstock y de cuantos han intentado ó intentaren tomar por argu- mento de un poema épico la vida de Jesús. Soportable, aunque profundamente errada, fuera la empresa si no

tuviéramos los Evangelios. Pero, teniéndolos, ni el gusto menos fino la sufre. Mayor desacierto aún fuera querer dar forma poética á los discursos de la Sabiduría in- creada y á su divina y eternamente nueva elocuencia: fuera pretender ornar con humano ornamento el estre- llado cielo.

2. ESCRITOS HISTÓRICOS.

Evangelios.

Evangelio (*buena nueva*) se ha llamado exacta y poéticamente la historia de Jesús, escrita en diversos tiempos por los hagiógrafos: Mateo, Marcos, Lucas y Juan; que en este mismo orden (que es el cronológico) escribieron los Evangelios que llevan sus nombres. Com- plétanse en cierto modo los evangelistas entre sí y con- cuerdan admirablemente, á pesar de haber escrito cada uno sin tomar nota de los otros.

Á más de los caracteres intrínsecos de credibili- dad, tan brillantes que sólo un odio ciego y fanático á la religión ha podido alguna vez desconocerlos, cuenta en su abono la historia evangélica con todas las razones que pueden humanamente hacer creíble su testimonio. Preciso es rechazar todo testimonio humano y negar la historia toda, si se contesta la veracidad de los Evan- gelios. Los mismos racionalistas del día, parte confiesan su impotencia para objetarla, y parte recurren á tan ab- surdas hipótesis para lograrlo que nada cabe imaginar de más contrario á la crítica histórica.

Evangelio de SAN MATEO. Fué su autor el apóstol del mismo nombre; quien de publicano (esto es, em- pleado aduanero romano del lago de Tiberíades) se hizo discípulo de Jesucristo. Escribiólo (entre los años 42 y 90 de J. C.)¹ para los judíos convertidos al cris-

¹ En siro-caldaico, el dialecto vulgar de ese tiempo. Todos los demás libros del Nuevo Testamento se escribieron en griego.

tianismo) y con el objeto de probar que en Jesús se cumplieron los vaticinios del Viejo Testamento, referentes al Mesías prometido.

En fuerza y concisión de estilo aventaja á los demás evangelistas.

Evangelio de SAN MARCOS. Marcos, llamado también Juan Marco, era natural de Jerusalén, en donde la casa de su madre servía de punto de reunión á Jesucristo y los suyos. Fué discípulo é inseparable compañero de San Pedro. En Roma, adonde había ido en compañía de él, escribió un breve Evangelio, que no tiene, como los otros, fin dogmático; pero (que se distingue por la detallada y pintoresca narración de los sucesos.

Evangelio de SAN LUCAS. Médico de Antioquia era San Lucas, cuando se convirtió al cristianismo y se hizo compañero de San Pablo en sus correrías apostólicas. Compuso su Evangelio en Roma (61—63 de J. C.).

Pertenece á él la mayor parte de las aun literariamente encantadoras parábolas de Jesucristo.

Nótase en San Lucas pureza de lenguaje y mayor fluidez de estilo y continuidad histórica que en los demás evangelistas; calidades que aproximan su forma á la de los historiadores profanos.

Merecen señalarse como narraciones bellas el relato de la infancia del Salvador (cap. 1. 2) y el episodio de los discípulos de Emaús (cap. 24).

En San Lucas se encuentran dos trozos líricos: el cántico de María en casa de Isabel (cap. 1) y el del anciano Simón en el templo (cap. 2). Sublimidad tienen ambos: vigorosa, el del profeta; sencilla y suave el de María; cuyo carácter más celestial que humano se refleja exactamente en su cantar.

Evangelio de SAN JUAN. Juan, célebre por su estrecha amistad con el divino Maestro, se propuso en su Evangelio poner de relieve la divinidad de Jesús y su clemencia. Nadie más instruído que él en los secretos de la caridad del Hombre-Dios, ni más fiel depositario

de sus palabras de amor. En San Juan hay que estudiar, antes que en los otros evangelistas, el carácter adorable de Jesús y la suavidad infinita de su alma.

La sublimidad de San Juan aventaja la de los demás relatos evangélicos, y en la despedida de Jesús á sus discípulos (cap. 14, 15 y 16) y en la oración por ellos (cap. 17) llega al más alto grado.

Diferénciase mucho la sublimidad de San Juan (como en general la del Nuevo Testamento) de la del Antiguo, en cierta suavidad y tono ligeramente patético, que no se encuentra en aquél.

De movimiento dramático y sublime están llenas las narraciones de la conversación de Jesús con la Samaritana (cap. 4) y sobre todo la del ciego de nacimiento (cap. 9).

Hechos Apostólicos. Este libro histórico fué escrito por San Lucas, como continuación de su Evangelio, del cual no difiere en las calidades literarias. Comprende los treinta primeros años de la Iglesia, desde la ascensión de Jesús al cielo. Refiérese en él los comienzos de la Iglesia entre los judíos y la propagación del Evangelio entre los gentiles por el asombroso celo é inmensos trabajos apostólicos de San Pablo.

3. ESCRITOS DIDÁCTICOS.

Epístolas de SAN PABLO. (Son 14: 1 á los Romanos, 2 á los Corintios, 1 á los Gálatas, 1 á los Efesios, 1 á los Filipenses, 1 á los Colosenses, 2 á los Tesalonicenses, 2 á Timoteo, 1 á Tito, 1 á Filemón y 1 á los Hebreos). Parece que la á los hebreos, que es de las más bellas, fué escrita de orden suya por alguno de sus discípulos.

Las catorce cartas de San Pablo son otros tantos tratados dogmáticos, escritos en diversas ocasiones para explicar la fe y la moral cristianas, y forman, en su conjunto, como un compendio de la religión, reflejando todas el levantado y profundo espíritu del Apóstol de las gentes y su poderosa elocuencia.

La siete Epístolas Católicas (1 de Santiago, 2 de San Pedro, 3 de San Juan y 1 de San Judas Tadeo). Han sido así denominadas estas cartas porque casi todas fueron dirigidas, no á personas ó iglesias particulares, como las de San Pablo, sino á los fieles en general; y porque contienen enseñanzas más universales.

Predomina en ellas la instrucción moral y el tono sencillo, pero elocuente, de la oratoria cristiana.

Mayor originalidad y energía muestra la de Santiago.

4. LIBRO PROFÉTICO.

571 *El Apocalipsis (revelación)* fué escrito por el apóstol San Juan durante su destierro en la isla de Patmos, y contiene las visiones que allí le envió Dios acerca de los destinos futuros de su Iglesia hasta el fin del mundo. En una sucesión de magnificentísimas escenas, se le manifiestan las crudas persecuciones que ha de sufrir la Esposa de Cristo, (su lucha final, su triunfo y gloria imperecedera).

Cierta majestad aterradora brilla en medio de la gran sublimidad de este libro. (Nótense por especialmente bellos y sublimes los cap. 7. 8. 14. 19).

N. B. Durante el califato de Córdoba, reflorecieron en España las letras hebraicas y produjeron algunos poetas de nota, de los cuales el más inspirado es **JUDAS HA-LEVI** (siglo XII); que en su *Sionida* suspiró tristemente por la perdida patria.

SECCIÓN II.

OTROS PAÍSES ORIENTALES.

1. LA CHINA.

1. Tiénese comúnmente hoy día por la más antigua de las literaturas profanas la china.

Así como el pueblo del *Celeste Imperio* forma una excepción entre los pueblos orientales, así también la

forma su literatura. El chino es tranquilo, juicioso, frío, amante del hogar, respetuoso de la mujer. No otro sello tiene su literatura. Nada hay en ella que recuerde siquiera la gigantesca, desenfrenada y fatigadora fantasía oriental. No se encuentran allí otros acentos propiamente poéticos que los líricos; ni tampoco los de la lírica elevada y heroica, ni los sentimientos profundos, sino sólo las inspiraciones medianas. ✓

2. El *Shi-king*, uno de los libros sagrados de la China, redactado, según parece, por el famoso filósofo **KONG-FU-TSEU** (ó Confucio)—siglo VI al V ant. de J. C.— es una colección de los antiguos cantos líricos populares, en que aparece no pocas veces diestramente pulsada la lira. Encuéntrase en ellos el sentimiento de la naturaleza y no pocos rasgos verdaderamente subjetivos. Forman una galería de pequeños y variados cuadritos psicológicos, ó, si se quiere, de epigramas idílicos, en que palpita la vida de toda una grande nación.

3. Creador de la poesía erudita fué **TU-FU** (siglo VIII). ✓—Cuenta la extensa literatura chinesca con un sinnúmero de novelas y dramas. Pero, así en éstos como sobre todo en aquéllas, falta la fantasía creadora: hay pinturas exactísimas y agradables de costumbres, pinturas que denotan mucho espíritu de observación y facultades analíticas; el conjunto, empero, es árido y prosaico, y los héroes son personajes vulgares. ✓

4. Encómiase mucho la exactitud y escrupulosidad de las crónicas y anales chinos y estimase en particular al historiador **SSE-MA-THSIAN** (siglo I ant. de J. C.). Mas, ni los rudimentos del arte conoce la historia chinesca.

2. EL INDOSTÁN.

1. Literaturas del todo antitéticas son la del Indostán y la de la China: en ésta no hay imaginación; aquélla no tiene más ley que la de una fantasía ardiente, colosal, desapoderada, grotesca, frenética, reñida con toda razón,